

guerra civil los ha sumido, es la creación de industrias y manufacturas.»

Enrique, al favorecer la industria, se proponía conseguir un fin moral a la par que práctico, cual era mejorar la condición de las clases bajas, pacificarlas políticamente, elevar a la Francia al nivel que le correspondía entre las naciones de Europa, y enriquecer al país. De cuán intenso era el mal que se proponía remediar, nos convenceremos con solo tener en cuenta que por los géneros introducidos, prescindiendo del contrabando que en grande escala se hacía, salían de Francia anualmente por telas de seda seis millones de libras y por las demás ropas importadas del extranjero, seis millones de escudos de oro. Esto sin contar con otros muchos artículos de importación. En cuanto a la exportación de Francia en 1598 era poco menos que nula.

El rey comenzó su difícil obra estimulando la industria que aun existía en el país, y el primer medio que para ello adoptó fué el más lógico de todos, libertar a la pequeña industria de las trabas que la oprimían. Por medio de un edicto, abolió, en abril de 1597, las interminables formalidades, dificultades y gastos, con los cuales la tiranía local y la envidia dificultaban el logro del título de maestro. Equivocadamente han sostenido algunos escritores modernos que el sistema introducido por Enrique fué el de una completa libertad comercial, pues en todas las industrias quedó subsistente la disposición que limitaba el número de maestros, título que solo podía adquirirse por herencia ó por compra-venta. Esto no obstante, el edicto de 1597 fué un gran paso dado en el sentido de facilitar el ejercicio de la industria. Igual independencia de espíritu mostró el monarca al llamar a Francia a los obreros del extranjero, a quienes con gran facilidad se concedía carta de naturaleza.

En todo siguió Enrique el prudente sistema, no de decretar desde arriba para los de abajo, sino de decidir todas las cuestiones según el parecer de las personas expertas. A este efecto, instituyó una «Comisión para el restablecimiento del comercio,» compuesta de individuos del Parlamento, del Tribunal de cuentas y de la Cámara de contribuciones y cuyo ponente fué el mismo Bartolomé Laffemas. También en las provincias se crearon tribunales análogos, llamados Cámaras de comercio. La primera de estas fué fundada en Marsella (1) en 1599, con la misión de «inspeccionar y explorar todo aquello que tuviera relación con los negocios, con el comercio y con el tráfico mercantil.» El resultado de este sistema que daba mayor expansión a las fuerzas del país, fué para Francia muy satisfactorio, especialmente cuando el rey destinó considerables sumas a la creación de industrias útiles, de suerte que, al poco tiempo, existían en Francia gran número de fábricas de todas clases.

Enrique IV debe ser, ante todo, considerado como el verdadero fundador del cultivo de la seda en Francia. A despecho de Sully, mandó plantar extensas comarcas de moreras, y envió a ellas comisarios que intruyeran a los particulares en el arte de criar los gusanos de seda. En París, Orleans, Tours y Lyon, levantáronse muchas fábricas de sederías. También hizo ir a Francia, con grandes gastos, a algunos italianos de Milán y a algunos españoles de las provincias de Levante para que introdujeran en Francia los tejidos de oro y de plata, que en tanta estima eran tenidos para el traje y para los muebles. La manufactura de hilos de oro que fundó en París el milanés Turato, ahorró al país anualmente los 1,200,000 escudos de oro que antes iban por este concepto al extranjero.

Los resultados de esta gran actividad en bien del país no

(1) A. Babeau: *La ciudad bajo el antiguo régimen*, 353.

se hicieron esperar: desde entonces cesó la importación de la seda en el reino, según unánimemente lo confiesan los escritores contemporáneos. También Ruan se hizo famosa por sus paños finos; de suerte que durante el reinado de Enrique solo se importaron de Inglaterra los paños burdos. Vendome é Issoudun florecieron por sus fábricas de guantes; Beauvais por sus alfarerías é hilados; Chatellerault y Moulins por sus fábricas de cuchillos, y Saint Etienne por sus fábricas de armas.

Durante los doce años de paz, de que gozó Francia desde 1598, su situación industrial experimentó una completa transformación: dependiente hasta entonces del extranjero, bajo el punto de vista industrial, a fines del reinado de Enrique IV no solo se había emancipado de aquella dependencia, sino que tenía un sobrante de productos cuya exportación procuraba con gran cuidado el monarca. Ciertamente que esta exportación no debía ser exclusivamente impulsada de arriba abajo; pero la habilidad industrial y la inteligencia natural del pueblo francés, no hubieran podido conseguir tanto éxito si el rey no hubiese ejercido tan poderosa influencia sobre la dormida actividad industrial y si no hubiesen animado al monarca ideas tan liberales en punto a la industria y al comercio.

El instinto de la popularidad inspiró a Enrique IV el pensamiento de ceder gratis a los buenos industriales el piso bajo de las galerías, en parte construidas y en parte proyectadas, que iban desde el Louvre a las Tullerías, para que allí expusieran y vendieran sus géneros. «En el Louvre, dice Michelet, vivieron bajo un mismo techo el rey y el pueblo.»

El rey quería poner en práctica su pensamiento de que cada cual pudiera, a su libre elección, sacar todo el provecho posible de sus bienes. Para evitar que el exceso en una provincia fuese inútil y hasta perjudicial, mientras la provincia vecina carecía de lo más necesario, y para conseguir que la agricultura y la industria se estimularan con la esperanza del elevado precio y fácil salida de sus productos, debía procurarse ante todo construir buenos caminos y puentes. En este punto, Enrique tuvo el mejor auxiliar en Sully, quien, en 1599, fué nombrado gran maestro de caminos de Francia, y concibió un vasto plan para establecer una gran red de caminos, haciendo entre ellos una distinción, según que debieran correr a cargo del Estado, de las provincias, de los municipios ó de los particulares.

En efecto, todos estos elementos rivalizaron para conseguir la más provechosa de todas las tareas. Francia se vió cruzada en todas direcciones por magníficos caminos, que sirvieron entonces de ejemplo a las demás naciones de Europa. A ambos lados de las carreteras se plantaron olmos que, durante el día, prestaban agradable sombra a los viandantes y durante la noche les servían de guía, siendo de notar que, aun actualmente, el pueblo suele designarlos, en memoria del ministro, con el nombre de Rosny. La mayor parte de estos caminos estaban empedrados. El comercio, con tantas vías de comunicación, adquirió mayor vida: los capitales de los banqueros que residían fuera de París, especialmente en Lyon, circularon por todo el país é hicieron prosperar en gran manera el tráfico y la industria.

También fueron atendidas por aquel gobierno las vías fluviales de comunicación; en efecto, se construyó el canal de Briare, que unía a París y Orleans, y se hicieron los preparativos necesarios para otras obras de igual importancia, cuya realización hubo de suspenderse por la prematura muerte del soberano.

Para que surtieran completo efecto todas estas disposiciones, debía asegurarse la salida en el extranjero de los productos naturales y artificiales de Francia. En este concepto mos-

tróse también a grande altura el gobierno de Enrique IV. Lo que más convenía era acabar con la constante piratería que sobre los barcos mercantes franceses, no protegidos por una marina de guerra, ejercían los españoles, los ingleses y los berberiscos. Sabemos, por ejemplo, que Isabel de Inglaterra favorecía a los piratas que atacaban así a las naciones aliadas como a las enemigas; pero la constancia y la habilidad de Enrique IV, y la marcha que tomaron los sucesos políticos, consiguieron triunfar de todos estos obstáculos. Una serie de tratados de comercio aseguró el respeto a la bandera y al comercio franceses, que pronto adquirieron en el imperio turco una situación privilegiada. Los cónsules que se destinaron a las poblaciones importantes defendían los intereses de los comerciantes franceses y vigilaban constantemente a éstos, siguiendo el ejemplo del rey, el cual, atendiendo a los verdaderos intereses de su país, cuidaba de que sus súbditos se condujeran por mar conforme a lo establecido en los tratados. Fiel a su constante modo de proceder, no tomó Enrique decisión alguna en los asuntos que al comercio se referían, sin oír el parecer de las mismas partes interesadas.

Los armadores y comerciantes franceses entraron con celosa actividad en esta senda que se les abría, exportando hilados de todas clases, instrumentos, máquinas, objetos de acero, papeles de lujo, sal, vino y también (muy al contrario de lo que ahora sucede) cereales y ganado. Los franceses ejercían un gran comercio de comisión por cuenta de los extranjeros (1). El país comenzó a sentir los felices resultados de aquel animado tráfico. «El rey, dice un contemporáneo, se atrae el dinero de los extranjeros vendiendo los objetos que la actividad productora de Francia crea en mayor escala de lo que para sus necesidades le es preciso; y con este mismo dinero se fortalece contra esos propios extranjeros. En Francia solo se ven pistolas, doblones y medios ducados de España; florines y albertos de los Países Bajos; jacobos, ángeles y nobels de Inglaterra; zequíes de Polonia, y ducados de Alemania, con los cuales se llenan las arcas reales y las de los particulares.»

El principal puerto de exportación era Marsella; los embajadores venecianos que lo visitaron poco después de la muerte del rey, lo consideraron muy superior a Venecia y lo definieron «el emporio de Europa.» En su vasta y segura rada, anclaban más de 300 buques mercantes de gran porte. Setenta buques hacían el tráfico entre Marsella y el Oriente, siendo en número muy superior los que los armadores marseleses enviaban a Italia y a España. Ocho millones de escudos de oro importaba anualmente la ganancia líquida del puerto de Marsella.

La Francia de aquel tiempo era ya bastante ilustrada para no considerar la importación como un mal, sino como una condición indispensable para sostener la industria y la exportación propias. Productos bastos de toda clase, paños burdos y medianos, especias y géneros orientales eran los principales artículos de importación. El comercio de los extranjeros era, en Francia, completamente libre, si bien se les gravaba naturalmente con algunos impuestos. La política mercantil de la Francia fué entonces más prudente y provechosa no solo que la de las demás naciones contemporáneas (especialmente de España), sino que la de la misma Francia bajo los posteriores gobiernos, incluso el de Colbert.

Enrique, con la mirada perspicaz que tenía para comprender lo útil y lo conveniente, perspicacia que en él suplía su falta de conocimientos, vió cuán inmensa ventaja, dadas

(1) Acerca de este punto, como acerca del estado del comercio francés, véase el científico y precioso trabajo de G. Fagniez, *El comercio exterior durante el reinado de Enrique IV*, Revista histórica, XVI, 1.

las condiciones de la época, debía reportar al comercio de su país el establecimiento de colonias, y el mérito que con tal servicio contrajo es tanto mayor, cuanto que en este punto tuvo que proceder contra el parecer de su ministro Sully, que, en todo aquello en que no se trataba de la tradición y de la práctica evidente, se mostraba inaccesible, y a quien se hacía antipático todo lo que estaba lejos y toda atrevida innovación.

La Europa occidental estaba entonces en movimiento para seguir el ejemplo que España y Portugal daban con sus descubrimientos y lejanas conquistas. En Holanda y en Inglaterra se crearon sociedades mercantiles privilegiadas de las Indias orientales y occidentales; los ingleses buscaban el paso septentrional para el Asia y las costas americanas; y los holandeses el que debía conducirlos a las asiáticas y a América. En 13 de marzo de 1607, los ingleses fundaron su primera colonia, Jamestown, en la Virginia, es decir, en la América del Norte. Los holandeses prefirieron arrebatar a los españoles sus posesiones de las Indias orientales. Los franceses quisieron también tener su parte en la conquista de las comarcas recientemente descubiertas, para lo cual contaban con bastante afición a buscar países remotos y desconocidos y suficiente ambición y espíritu nacional.

El rey apoyó este movimiento, cuyas tendencias eran dirigirse a todas las partes de la tierra, y, en junio de 1604, fundó una sociedad mercantil para el comercio de las Indias orientales, concediéndole privilegios de gran consideración; pero los esfuerzos principales tendieron a restablecer las colonias que los franceses hacia tiempo habían dejado abandonadas en el Canadá, porque indudablemente se fundaban grandes esperanzas así en la fertilidad de aquella comarca septentrional como en el número y aptitud agrícola de sus habitantes.

Después de muchas tentativas que fracasaron, puso el rey a la Compañía americana en condiciones de enviar en 1608 tres buques con colonos a aquellas regiones, y esta vez, el rey vió recompensada su tenacidad. La empresa tuvo feliz éxito, porque al frente de ella se había puesto un hombre apto: en efecto, mientras Champdoré repoblaba la pequeña colonia de Port-Royal, en la península de Acadia (Nueva Escocia), Champlain, que, por sus narraciones de viajes y por sus mapas del Canadá, así como por su celo y talento, es el más notable de todos aquellos colonos franceses, fundó la colonia de Quebec. La situación de la ciudad, plaza mercantil interior que por estar a orillas de un gran río permitía llegar a ella las embarcaciones de mayor porte, sus alrededores y su clima templado atrajeron pronto a Quebec nuevos colonos que alcanzaron al poco tiempo un estado más floreciente de lo que se hubiese podido esperar.

De esta suerte, durante el reinado de Enrique IV y con su apoyo, comenzó la colonización francesa en América, que, por espacio de siglo y medio, hizo cada día más brillantes progresos y que, por algún tiempo, llegó a amenazar la existencia de las fundaciones anglo-sajonas. Si estas hubiesen sucumbido, los franceses y los españoles hubieran podido darse las manos en América, cuyos territorios habrían sido patrimonio exclusivo de la raza latina. Tal tentativa fracasó por efecto de la misma guerra de siete años en que Federico II echó los cimientos de la grandeza de Prusia y con ella de la unidad de Alemania. Los primeros colonos franceses merecen universales simpatías, pues eran excelentes representantes de un pueblo joven, hábil y dotado de nobles aspiraciones. Diferenciábanse, con gran ventaja suya, de los españoles, por la circunstancia de que no eran como éstos aventureros, sino que todos eran hombres valientes y honrados. Distingúales de los españoles y de los ingleses

la bondad con que trataban á los indígenas, á los cuales no querian ni reducir á la servidumbre, ni destruir, sino afrancesar. Todo indígena que á ellos se pasaba era tratado como francés y gozaba de todos los derechos de un ciudadano de Francia.

Para proteger estas colonias y para defender al comercio francés era precisa una marina de guerra que no existía por

haber perecido en medio del desorden y de la confusion de las guerras civiles. Enrique, en este punto, hizo por lo menos construir cierto número de galeras, especialmente para cruzar el Mediterráneo; pero no pudo llegar á resultados completos, siendo para la marina una verdadera desgracia que Enrique no estuviese muy enterado de las cosas de mar, á consecuencia de lo cual se interesó personalmente poco por ella.



Casamiento de Enrique IV con María de Médicis. Cuadro de P. P. Rubens. (París, Galería del Luxemburgo)
Este casamiento se celebró por poderes en Florencia, representando al regio esposo el caballero mayor Bellegarde

Lo contrario acontecia con el ejército de tierra; cuanto mas decidido se mostraba Enrique á destruir la preponderancia de la casa de Habsburgo en Europa, tanto mas debía parecerle el desarrollo de la vida militar la mas importante meta á que debía tender su actividad gubernativa. Tres ideas se nos presentan como fundamento del sistema de Enrique en este punto, á saber: tener el menor ejército activo posible, con facilidad para aumentarlo por medio de la movilización; formar un ejército nacional; y destruir el carácter feudal que hasta entonces habia este tenido, y que se manifestaba mas que en otra arma en la de caballería.

La primera de estas tres ideas le fué inspirada por el estado precario en que se encontraba la hacienda francesa al terminar la guerra civil. Por esta razon, resolvió mantener solo un pequeño ejército, que no pasaba de 20,000 hombres, y tenerlo todo preparado para poder en un momento dado aumentar esta fuerza. Mientras España gastaba sus últimos recursos en el sostenimiento de un fuerte ejército permanente, creyó Enrique mas ventajoso economizar el dinero y almacenar armas y viveres para poder dentro de poco formar un ejército formidable. Para esto tenia á su lado un valioso talento administrativo en Sully, el cual, en punto á adminis-

tracion militar, poseia dotes excepcionales. Con este sistema se consiguió, en 1610, y en muy pocas semanas, poner en pie de guerra un ejército de 70,000 hombres, ejército activo de que no podia en aquel tiempo disponer ninguna potencia de la cristiandad. Enrique IV habia logrado, sin esquilmar demasiado al país, que la Francia fuese el primer Estado militar de Europa.

Con igual talento y con iguales tendencias modernas atendió Enrique á la condicion y organizacion interna de sus tropas. Ya sabemos que la guerra religiosa se habia hecho principalmente con mercenarios suizos por parte del rey y alemanes por parte de los hugonotes; pero á la sazón el rey decidió crear una infantería nacional. Solia decir que habia en Francia 300,000 hombres, todos veteranos, que á costa propia habian aprendido el servicio militar en la guerra civil.

Estos hombres eran los que queria utilizar, pues de los alemanes no deseaba servirse mas, y en cuanto á los suizos cada día estaban en mayor decadencia, de tal suerte que estos mercenarios solo constituian la décima parte de la infantería que se reclutó en las grandes levas de 1610. Además los suizos, en tiempo de paz, eran tropas de lujo y palaciegas. De suerte, pues, que Enrique puede ser considerado como el verdadero creador de la infantería nacional en Francia.

Con la preponderancia numérica que sobre la caballería se dió á la infantería, quedó muy quebrantado el carácter feudal del ejército; pero á mas de esto Enrique, aun en la formacion de la misma caballería quiso prescindir del concurso de una nobleza atrevida é insaciable, y en la cual no podia confiarse mucho, é hizo que en esta arma ingresara una mayoría de mercenarios franceses.



Las Tullerías y la galería del Louvre en tiempo de Enrique IV (de un grabado de la época)

Tambien merece especial elogio Sully por haber creado una buena artillería y un cuerpo nacional de ingenieros, ya que hasta entonces para estas dos armas habia tenido que acudir al auxilio de los extranjeros, especialmente de los italianos. Una manutencion suficiente y un puntual pago de sus haberes aseguraron el bienestar, la disciplina y la obediencia de los soldados. Enrique fundó, en 1604, un establecimiento de inválidos en el arrabal de San Marcelo; en La Fleche una especie de escuela de cadetes, y en su propio palacio una academia militar.

Así creó Enrique IV, en la esfera militar y en otras esferas, los elementos de la posterior grandeza de Francia. Soldados cuyo valor natural se veia realzado por ejercicios hábiles y por una buena manutencion; oficiales bien instruidos; un excelente cuerpo de ingenieros; una fuerte artillería y un completo material, tales fueron los elementos que sirvieron para formar un ejército de primera categoría. La muerte impidió al monarca desarrollar y completar su obra, que hubo de confiar á sus sucesores, los cuales pudieron edificar sobre los cimientos por él echados.

Este soberano fué tambien el que con el auxilio de hábiles ingenieros, especialmente de Errard, inició la construcción del poderoso cerco de fortificaciones completado despues por el genio de Vauban y que habia de salvar á Francia en la guerra de sucesion de España. Los modernos adelantos hechos en el arte de la guerra le han quitado parte de su importancia.

Hasta ahora, solo nos hemos fijado en aquellas disposiciones que tomó Enrique para proteger á la Francia contra los enemigos del exterior y contra los desórdenes en el interior y para fomentar su bienestar material. Debemos ahora tratar

de lo que hizo para proteger el desarrollo intelectual del pueblo y para hermoear la vida; del modo como la nacion acogió sus medidas y de la resistencia que á ellas se opuso. Si en este punto los resultados no correspondieron al celo y á la buena voluntad del rey, debióse en gran parte á él mismo. La nacion francesa, apegada á los trabajos materiales para restaurar su bienestar perdido durante la guerra civil, tenia escasas aptitudes literarias y artísticas. El sentimiento de lo práctico, la afición á lo normal, á lo ordenado, á «lo que era de buen sentido,» la resistencia á toda «ideología,» el gusto por los placeres groseros de la vida comun, todos estos elementos que procedian de las mas elevadas regiones del Estado, eran impropios, á pesar de todo el apoyo material, para excitar la imaginacion de los súbditos y despertar el buen gusto en ellos.

Por eso, en materia de construcción, el único mérito que se reconoció á Enrique IV por sus contemporáneos fué el haber fabricado edificios útiles, de los cuales construyó algunos que han contribuido á la magnificencia de París. Todas las ciudades francesas eran entonces feas y pobres, y por eso la nobleza evitaba vivir en ellas; la misma capital, París, á excepcion de algunas calles nuevas que los hombres de hacienda habian abierto, era un conjunto de callejones estrechos, tortuosos y sucios, por el estilo de los que aun hoy pueden verse en algunos barrios próximos al Sena, con varias plazas que apenas merecian el nombre de tales y que no tenian ni regularidad, ni anchura, ni bastante luz, ni aire. Sin cuidado alguno se construian casas fuera de la línea de la calle; levantábanse barracones de venta delante de los edificios y se interceptaban las vías públicas, ya muy angostas por sí, con escaleras de piedra. Siguiendo la cos-

tumbre de la Edad media, amontonábanse pisos sobre pisos que privaban á la calle de aire y de luz. Los tratantes en maderas y carbones, los picapedreros, los carpinteros y los constructores de coches solían entregarse á sus faenas al aire libre delante de las casas, mientras los curtidores, tintoreros y lavanderas ponían á secar en medio de la calle sus objetos húmedos. El empedrado era malo y hecho sin orden alguno, y el suelo estaba siempre sucio, no solo por causa de las lluvias, sino por las inmundicias que desde las casas se arrojaban.

El rey comenzó por llevar luz y aire á este sombrío caos, dictando disposiciones de policía que destruyeron los antiguos abusos y procurando en lo posible que las casas estuvieran alineadas. Mejoró los empedrados; construyó buenas fuentes, y formó, en el sitio en que se alzaba el antiguo palacio real de Tournelles, la plaza Real, que los contemporáneos admiraron como un portento de grandiosidad y de belleza. Él fué quien terminó el segundo puente practicable de piedra que hubo en París, el Puente Nuevo, obra magnífica sobre la cual se alza actualmente la estatua del Bearnés y que entonces era el paseo favorito de los parisienses; en el punto en que el puente se apoya en la isla del Sena hizo construir una plaza y varias calles. La continuación del Puente Nuevo por la margen izquierda del Sena, ó sea la calle Dauphine, era entonces admirada como un modelo de belleza y simetría.

Mas de ocho millones de libras empleó Enrique IV en sus construcciones; pues además de estas de pública utilidad atendió también á la arquitectura monumental. En su tiempo se terminó la fachada de las Casas Consistoriales. Enrique concibió la idea, que modernamente llevó á cabo Napoleón III, de poner en comunicacion las Tullerías con el Louvre, comenzando para ello las obras. Guiábale al hacerlas la idea político militar de abrirse un paso libre para llegar á los baluartes de París, pues el Louvre estaba entonces dentro de la ciudad y las Tullerías fuera de esta (1). La «gran galería» del Louvre, sala colosal de 1,362 piés de longitud, es su creacion. En las Tullerías, construyó el pabellón de Flora, junto al Sena, y lo unió con el cuerpo principal del entonces pequeño palacio. Estas construcciones distan mucho de la rica y variada belleza del período del Renacimiento y de las del siglo XVI, pues si bien ostentan cierta grandiosidad en todos sus detalles, se encuentra algo del estilo barroco, falta de gusto, y aun oposicion de estilos. Nótese en ellas, sobre todo, falta de uniformidad, y choca á primera vista la rusticidad de su ornamentacion.

Enrique aumentó en el doble las construcciones del palacio edificado por Francisco I en Fontainebleau, en cuya residencia solía pasar la mayor parte del año para entregarse á su pasion favorita, la caza, en los extensos bosques de sus cercanías. El precioso palacio de San German en Laye, tal como aquel rey lo levantó en el sitio en donde hoy vemos el gran terrado, ha desaparecido por completo. Aquella residencia era bastante grande y poseía un hermoso jardín, ricamente adornado á la italiana de grutas, estatuas y saltos de agua, y construido en forma de terrero que descendía hasta el Sena.

En Monceaux y en Verneuil se edificaron, para la «bella Gabriela» y para la Entraigues respectivamente, palacios de los cuales no queda huella alguna.

Como se ve, Enrique animó á los arquitectos y les proporcionó ocasiones de distinguirse, planteándoles además los mas diversos problemas para la construccion de edificios destinados á distintos objetos; y si ellos no supieron sacar mayor provecho de estas ocasiones, débese principalmente á

(1) Sauval: *Historia é investigaciones de las antigüedades de Paris*.

causas generales. El arte del Renacimiento había llegado á su mayor altura durante el reinado de Enrique II; entonces floreció Filiberto de l'Orme, que trazó para Catalina de Médicis los planos del palacio de las Tullerías, y que despues dió en sus construcciones las mas nobles y puras muestras de la arquitectura del Renacimiento. Pero desde este punto, el arte arquitectónico decayó rápidamente, procurando reemplazar con la solidez y la grandiosidad las ideas artísticas que poco á poco se fueron extinguiendo. Una falsa sencillez y *majestad* iba destruyendo la rica distribucion que es de admirar en las construcciones francesas del siglo décimosexto.

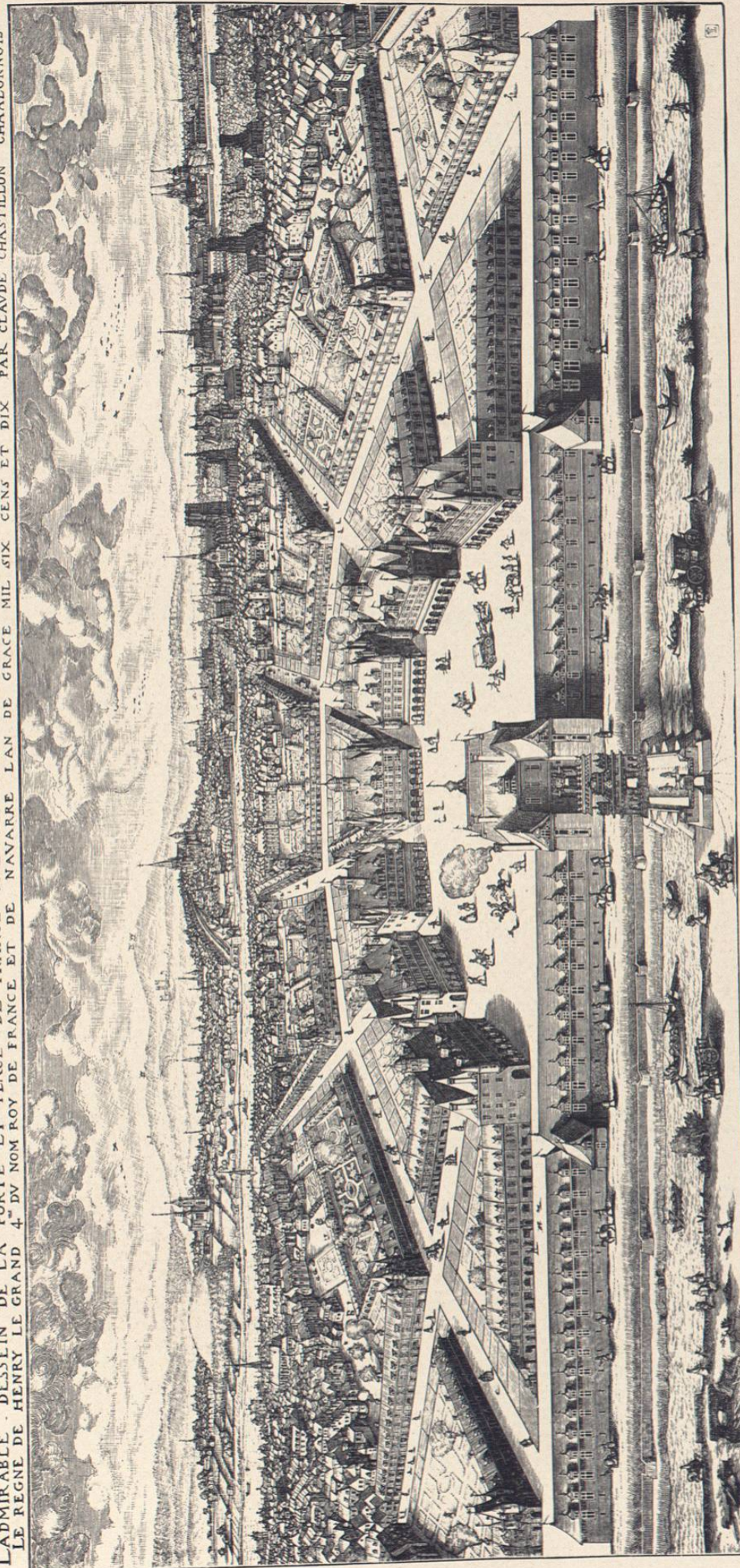
No era mejor la suerte de la escultura y de la pintura. Ya German Pilon, escultor de Catalina de Médicis, de sus hijos y de sus cortesanos, á pesar de toda su maestría de ejecucion y de toda su finura y talento de apreciacion, pecó de afectado y buscó demasiado los efectos del momento. Sus sucesores marcan, en las artes plásticas, el paso á la época barroca; todo es en ellos amanerado, ampuloso, de formas falsas é hinchadas y todo tiende á producir efectos pictóricos. El rey, á pesar de esto, protegió con todas sus fuerzas estas artes, haciendo estudiar á los jóvenes que le parecían aptos y enviándolos para que completaran sus estudios, á Roma, donde encomendaba á sus embajadores que los trataran como hijos. Pero el genio no se adquiere por la sola proteccion de un real Mecenas; la frescura y la vida que brotaban del Renacimiento se habían extinguido y en su lugar solo encontramos fria inteligencia. Ya entonces la escuela boloñesa de Carracci, pintura ecléctica, predominaba en el arte francés matando todo lo que este tenía de natural y original. Martin Freminet, el pintor de la capilla de la Trinidad de Fontainebleau, fué el único que supo librarse de la influencia de la escuela boloñesa y que se atrevió á imitar al célebre Miguel Angel; pero no tuvo discípulos que siguieran su ejemplo.

Así en lo bueno como en lo malo, durante el reinado de Enrique IV se echaron los gérmenes de todo aquello que pronto había de caracterizar el esplendor de Francia. Las mismas tendencias artísticas de la época de Luis XIV se iniciaron al comenzar el siglo decimoséptimo.

También cuidó Enrique, con tanto celo como de las artes, de lo que á la enseñanza y á las ciencias se refería. Al llegar á este punto, debemos hacer una salvedad, á saber, que cuando hablamos de enseñanza solo nos referimos á la superior, pues Enrique nada hizo en pro de la enseñanza popular ni de las escuelas profesionales. La instruccion del pueblo en las poblaciones rurales era nula, mientras que en las ciudades el interés político que despertaban los sucesos ocurridos durante los últimos treinta años casi generalizaron el arte de la lectura.

Enrique IV mostró gran celo en favor de los estudios científicos y literarios: para realzar la Universidad de Paris, que había visto decaer durante la guerra civil el esplendor de que antiguamente había disfrutado, nombró una comision de hombres eminentes que reorganizó todo el instituto de una manera lógica y con un espíritu bastante liberal. Además, para propagar, con las doctrinas universitarias, que tenían algo de la Edad media, las modernas ciencias, restableció el Colegio real, hoy Colegio de Francia, que había sido fundado por Francisco I y destruido durante la guerra civil religiosa y que contaba veinte cátedras, aumentando en un cincuenta por ciento el sueldo de los profesores. Llamó á Paris al célebre filólogo de Mompeller, Casaubon, para dar nueva vida á los estudios de Humanidades en la capital, y procuró por todos los medios posibles que estos prosperaran. Además del latín y del griego, mandó enseñar el hebreo, como desde mucho tiempo antes se venía enseñando en las

L'ADMIRABLE DESSEIN DE LA FORTE ET PLACE DE FRANCE AVEC SES RIVES COMMENCEE A CONSTRUIRE ES MARLEIX DV TEMPLE A PARIS D'YRANT LE REGNE DE HENRY LE GRAND 4^e DV NOM ROY DE FRANCE ET DE NAVARRE LAN DE GRACE MIL SIX CENS ET DIX PAR CLAUDE CHASTILLON CHALONNOIS



Vista de la Puerta y Plaza de Francia en París, en tiempo de Enrique IV. Facsimile de un grabado en cobre de la época